

ÁNGEL J. GALLEGO

Manual de sintaxis minimista



akal

ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

Índice general

Prefacio	9
Introducción	15
1. Minimismo lingüístico: un programa de investigación	19
1.1. Una concepción científica (del lenguaje)	19
1.2. El minimismo lingüístico	32
1.3. Factores de diseño del lenguaje.....	38
1.4. Dos tipos de minimismo.....	51
1.5. Un programa, múltiples teorías	57
1.6. Más allá de la adecuación explicativa.....	60
2. Aspectos de diseño: necesidades conceptuales	63
2.1. Niveles de representación	63
2.2. Tipos de gramática según su complejidad	68
2.3. La arquitectura de la gramática	74
2.4. La eliminación de los niveles de representación internos	83
2.5. Operaciones computacionales	90
2.5.1. El Ensamble	91
2.5.2. Las etiquetas	95
2.5.3. El Movimiento (o Ensamble Interno)	104
2.5.4. La Adjunción	111
2.5.5. La concordancia	117
2.5.5.1. Concordancia y movimiento	118
2.5.5.2. Concordancia sin movimiento	123
2.6. Conclusiones	133
3. Eficiencia computacional: la teoría de fases	137
3.1. Introducción: complejidad y composicionalidad	137
3.1.1. Consideraciones generales sobre la complejidad	137
3.1.2. Complejidad en la facultad del lenguaje	140
3.1.3. Complejidad y composicionalidad	144

3.2. Motivaciones empíricas y conceptuales de los ciclos	152
3.3. Caracterización de las fases	158
3.3.1. Cuándo (y cuánto) transferir	161
3.3.2. La herencia de rasgos- ϕ	169
3.3.3. Una alternativa a la herencia: C y T como la misma categoría	174
3.4. Algunos problemas de la teoría de fases	179
3.4.1. Problemas con los argumentos conceptuales	180
3.4.2. Problemas con los argumentos empíricos	185
3.5. La teoría de fases y las islas sintácticas	191
3.5.1. Islas y especificadores	193
3.5.2. Efectos de parálisis por criterio	201
3.5.3. Una reformulación de los efectos de parálisis	210
3.6. Sobre el estatus cíclico de otras categorías	214
3.7. Conclusiones	221
4. Las interfaces: optimización y variación.....	223
4.1. El papel de las interfaces: de Aristóteles a la TMF	223
4.2. El estudio de la variación: del modelo RL al PM3	228
4.2.1. El modelo de Principios y Parámetros	231
4.2.2. Tipos de variación: microparámetros y macroparámetros	236
4.2.3. Preámbulo a la variación en el minimismo.....	246
4.3. El estatus del léxico en el minimismo.....	251
4.3.1. Algunas consideraciones previas a una teoría de rasgos	256
4.3.2. Atomicidad y complejidad	266
4.3.3. ¿Una sintaxis diferente para los ítems léxicos?	275
4.4. Conclusiones: el léxico ¿antes o después de la sintaxis –o antes y después–?	288
Bibliografía	293

Prefacio

En algún lugar que no recuerdo, Chomsky observa que hay más diferencia entre un humano y un gorila que entre un gorila y una margarita. Yo al menos así lo recuerdo, aunque no tengo problema en asumir la cita como propia. Obviamente esto es ridículo: no hace falta enfatizar la similitud casi total entre el genoma de un gorila y el de un humano. Al mismo tiempo, si analizamos la contribución a la historia (de los gorilas) de un gorila dado, o de todos los gorilas que ha habido, y la comparamos con la contribución a la historia (de las margaritas) de una margarita, o el conjunto de todas las margaritas, el resultado es parecido. Parecidamente vacuo, digo: las margaritas no parecen tener mucha historia. Por contra, el más humilde de los seres humanos —aquel del que Joyce decía que era “feo e inútil: cuello flaco y pelo espeso y una mancha de tinta, una huella de caracol”— aporta algo a la historia de la humanidad. No digamos un grupo de esas “huellas de caracol”. No digamos el conjunto en su totalidad, que bajó de los árboles africanos para llegar hasta el satélite, tal vez más allá si sobrevive a su inteligencia...

Ya sé que decir esto, en una época que se empeña en descubrir historia y cultura por todas partes, no está bien visto. El paradigma dominante simplemente espera que el ser humano haya evolucionado de otros simios, más o menos gradualmente, y por ello lo esperable es que tarde o temprano aparezcan todos los eslabones perdidos que nos llevan, gradualmente, hasta los antepasados comunes con los gorilas, las cigarras, las margaritas, los baobabs, los musgos, los paramecios y los virus. Por supuesto en todos esos casos hay saltos y bandazos que probablemente planteen problemas similares a los que me preocupan a mí desde una perspectiva cognitiva. Pero se supone que con tiempo y mutaciones, y diferentes grados de interacción a varios niveles (individuo, población, célula, etc.), al final todo casará. El diablo está en los

detalles, y no sabe uno cuánto de toda esa interacción acabará por quitar peso explicativo a la teoría de base (cuánto en esos cambios es de verdad evolutivo –adaptación al medio después de alguna mutación– y cuánto es mera casualidad o física elemental). Pero puede ser. Ahora, si bien en el caso de esas “emergencias” de formas naturales se puede vislumbrar un cómo y en algunos casos hasta un cuándo, en el caso del lenguaje seguimos en pañales.

A ver: no entendemos lo que es el lenguaje como fenómeno natural. O para ser exactos, entendemos algunas cosas, y son de todo punto sorprendentes. Por ejemplo, ha resultado que los cantos de las aves canoras (y tal vez otros sistemas “rítmicos” como el uso de “sonar” en los murciélagos o esos bellísimos “lamentos” de las ballenas) parecen venir regulados por una zona subcortical del cerebro que también desempeña un papel en la fonética humana, involucrando a variantes casi idénticas del mismo gen. Yo no conozco a nadie que se esperase semejante hecho. Es extraordinario, pero ¿nos explica algo acerca de cómo se forma *esta* pregunta? Yo tampoco conozco nada que nos explique la sintaxis o semántica de algo tan simple como eso, o incluso más sencillo, de la oración *las personas hablan* (de cómo y por qué esa colección de sonidos o grafías en el papel se agrupan en tres –no una o treinta– palabras, y entre ellas la relación entre “las” y “personas” es en cierto sentido más fuerte que la que se da entre “las” y “hablan”, y “hablan” en cierto sentido significa algo que no tiene una referencia concreta mientras que “las personas” sí, etc.). Sabemos, eso sí, que ningún animal puede decir o entender algo tan simple como “las personas hablan”. Es un total misterio por qué, a pesar de lo mucho que se parecen a nosotros, hasta el punto de que algunos comparten hasta los genes que, aparentemente, posibilitan semejante cosa.

Tengo que reconocer que cuando mis amigos me oyen lanzarme a cuestiones como estas enseguida se medio mosquean. Creo que lo hacen, primero, porque esto de estudiar el lenguaje como si fuera una célula o una proteína les queda a contramano a muchos. El lenguaje es algo tan cercano que ni se nos ocurre distanciarnos para observarlo con la objetividad de un científico, y todos además creemos recordar cuando nos enseñaron a hablar o cuando enseñamos a hablar a otros. Y vamos los lingüistas y decimos que no, que lo más central a las lenguas no se aprende, sino más bien “crecemos” hasta hablar en una lengua u otra, de modo parecido al que muchos pájaros adquieren el canto de sus padres no a través de la instrucción, sino escuchándolos. Por otra parte, muchos de mis amigos son escritores o aprecian la buena literatura. Yo también, pero a mí, tanto como disfrutar la belleza de un poema o la efectividad de una construcción retórica, me importa entender cómo es que se comportan las partes elementales que subyacen a esa belleza o efectividad. El ser humano es un ser curioso, que entre otras cosas entiende la justicia, la belleza y la verdad –o puede hacerlo–. No es obvio que otros animales tengan estas capacidades, o, si las tienen, que las utilicen de modo patente o sistemático. Y en fin, pareciera que tales capacidades se relacionan con la capacidad cognitiva que permite el lenguaje.

Claro que con “lenguaje” puede uno querer decir tantas cosas... Uno encuentra en Google expresiones como “lenguaje de las aves”, “lenguaje de las abejas”, “de los delfines” o incluso “de las flores” o “de las cosas”. Este no es el sentido de la palabra “lenguaje” como se utiliza en este libro, donde refiere a un comportamiento que en seres humanos, en cautividad o libertad, alcanza niveles sorprendentes de complejidad computacional –lo cual puede medirse de modo riguroso–. Sencillamente, todos esos otros “lenguajes” del habla popular no pasan de ser listas de elementos (sean simbólicos o no, da igual), y no presentan agrupamientos sistemáticos en forma de frases, ni mucho menos manipulaciones de tales agrupamientos, como en la voz pasiva o una pregunta, ni por supuesto elipsis, prolepsis y demás virguerías que presenta el más vulgar de los diálogos en cualquier discusión callejera. Ya digo, todo ello observable con precisión y sujeto a ser analizado computacionalmente. Nada me haría más feliz que encontrar siquiera frases en otras especies animales –pero hasta ahora los resultados han sido realmente desalentadores–.

Habrá quien piense que en realidad sí hay animales que pueden decir, o siquiera entender, una oración tan simple –chimpancés, por ejemplo–. Curiosamente, al menos con respecto a los circuitos neuronales y correspondientes redes genéticas que subyacen a las áreas subcorticales de lo que se llama “el aprendizaje vocal”, los chimpancés de hecho parecen estar más lejos de nosotros que los periquitos. Los pobres simios son terribles en estas tareas vocales, por alguna razón. Lo cual no tiene nada de mágico: que se sepa, la contribución de las habilidades de “aprendizaje vocal” de ciertas aves y otros animales a la arquitectura lingüística es relativamente oblicua, restringida a la fonética. Como decía mi hija cuando intentaba imitar el alemán que escuchaba en un sabático que pasamos en Austria: “Yo hablo alemán, pero no lo entiendo”. A los loros les pasa un poco igual: parece que hablar, en el sentido que nos interesa, les importa un bledo. El tema no parece ir de analizar el mundo en función de este tipo de estructuras vocales que permiten cierta comunicación. Desde luego si hablan en este sentido, ni los hemos entendido ni han construido una cultura con ello. O sea que, si bien está claro que hay “ladrillos” del aparato lingüístico que tienen otros animales, como especie no parecen haberlos utilizado para lo que nosotros, los humanos, hemos logrado utilizarlos –sabe Dios por qué–.

Bueno, será entonces que los otros simios no han tenido la suerte de un sistema vocal o algo de eso, pero ¿y el pensamiento? ¿No son superlistos los chimpancés? Listos no: listísimos, según todas las métricas que uno les aplique. Pero no solo ellos, a mi entender. Genialidades las hay por todas partes en el reino animal. No hay más que pensar en una urraca escondiendo –¡y encontrando!– miles de provisiones en una temporada. En una araña en medio del desierto buscando una presa que se fríe con el calor y regresando en línea recta –sin puntos de orientación– a la madriguera con la pieza cobrada. O en una abeja logrando expresar la distancia relativa y dirección de una fuente de alimento o un lugar adecuado para dirigir la colonia hacia un nuevo nido. El pensamiento es riquísimo por todos lados, si bien no es obvio que su alcance com-

putacional tenga las características que encontramos en el pensamiento humano. Lo digo con humildad. No es obvio, por ejemplo, que los animales que se han estudiado puedan contar indefinidamente (si bien muchos distinguen números pequeños), atar y desatar nudos diversos o señalar con el dedo o la pata, de paso haciendo referencia a entes no presentes. Puede ser que no hayamos logrado aún descubrir estos comportamientos, pero da que pensar que sea tan difícil lograrlo. Y le hace a uno sospechar que los logros cuantificacionales y referenciales humanos están relacionados con el aparato computacional lingüístico que permite tales gambitos mentales.

Pero ¿y los neandertales? Esos seguro que hablaban y hacían todo lo mismo que nosotros... ¿No? Puede ser. Yo permanezco escéptico, más que nada porque el mostrar (como se ha mostrado) que tienen “ladrillos” necesarios para el lenguaje y, además, que se han apareado con seres más cercanos a nosotros para dar lugar a los humanos actuales, contribuyendo un tanto por ciento significativo a nuestro genoma actual, no demuestra que tenían lo que hay que tener para producir y entender este párrafo. Claro que para aclarar esto, en sentido positivo o negativo, ya hay que ir hilando un poco más fino. Ahí tiene uno que ir más allá de los lugares comunes que a veces se leen en los foros sobre estos temas, o que se escuchan en el bar antes del partido. Para hablar en serio del asunto hay que entender de qué va la sintaxis. También, claro, viene bien charlar con paleontólogos y arqueólogos, antropólogos y etnólogos, y todos los otros “-ólogos” que sean necesarios. Entre todos, tal vez, podamos analizar sin pasión el tema, con humildad, y en ello con perspectivas de entender la verdad, sea en una dirección u otra. En ese diálogo, además de buen rollo vamos a precisar conocimiento, del que hoy día se puede adquirir en la universidad, incluso en la propia. Siempre, claro, que se vaya a clase y a la biblioteca (o al bar cuando toca), se pregunte, se discuta, se analice y, en fin, se ponga uno las pilas. Un libro como este es una de esas pilas.

Lo es, para empezar, porque refleja el trabajo de una pila de gente durante una pila de años. Todos nosotros, yo el primero, decimos “Chomsky observa que...”. Lo hacemos, creo yo, primero porque le debemos mucho al abuelo (estamos los que le deben algo y los que lo admitimos), que es un poco lo que pasaba con Bach en la música. Cuando se tiene la suerte de contar con personajes de ese calibre, ya sea porque se está de acuerdo o en contra, lo que no se puede hacer es permanecer indiferente. En el caso de Chomsky las contribuciones no han sido solo en lingüística y ciencias cognitivas, sino más generalmente en la filosofía natural y en lo que yo llamaría Teoría de las Formas. A mí personalmente me parece superimportante distinguir, dentro de los sistemas computacionales, si se organizan en meras listas, o listas de listas (es decir, frases), o listas de listas de listas (es decir, si “transforman” en un sentido técnico), o cualquier tipo de operación computable (si son máquinas de Turing). Esa Jerarquía de Chomsky es crucial en lingüística –pero va más allá, al margen de si las listas organizan palabras, bases químicas o cualquier otro elemento que, en su organización, presente estructura

computacional—. Si bien es cierto que este libro se centra en tales estructuras desde un punto de vista lingüístico, sus resultados son *a priori* relevantes en otros dominios, y pueden serles útiles a otros científicos.

Este manual también es una “pila” en el sentido energético del término. Gallego sabe mucho de lingüística, y más de minimismo —y lo que sabe lo cuenta con el desparpajo de la juventud—. Todo el libro es dinamismo, desde los gráficos, diagramas y dibujos hasta las explicaciones detalladas. Muchos hubiésemos deseado habernos enfrentado al campo desde las páginas abiertas de un trabajo así, que a mí me recuerda a las explicaciones al grano de Lasnik con el humor que le pone Kayne a estas cosas (habrá modelos más jóvenes, pero me traicionan los años...). No es fácil esto, porque los temas que se presentan son complejos, desde cuestiones conceptuales que subyacen al minimismo hasta operaciones técnicas y sus consecuencias representacionales. Muchos odian la lingüística, como odian las matemáticas —por razones parecidas—. Son un “rollo”, se dice; disciplinas “duras”. Yo creo que si uno se deja ir, si aprende a apreciar las sutilezas en estas ciencias complejas, se encuentra con un universo tan fascinante como el de la música, acaso porque en esencia todo ello sea harina del mismo costal. Pero lo que me importa destacar es que Gallego se mete a presentar estas complejidades con la sencillez del que sabe lo que está haciendo.

Y no por darle demasiadas vueltas a esta metáfora de la “pila”, pero me hace ilusión pensar que el libro servirá de “pila bautismal” a muchos de los jóvenes que ahora se sienten interesados en explorar la lingüística. No digo yo esto en un sentido religioso, que soy muy agnóstico. Lo hago más bien en el sentido pagano del término, para lo cual confieso que para los gallegos la “pila” (en gallego, *pía*) no solo es la bautismal, sino más generalmente cualquier cuenco que recoge las aguas, verbigracia el de las vacas que utilizaban cuando yo era niño. No piense el lector que estos cuencos de granito son meramente utilitarios. Qué va: conectan al que bebe de ellos directamente con el ultramundo... Me hace ilusión pensar que todas nuestras conjeturas vienen de una tradición muy, pero que muy arcaica. No me parece casual que la lingüística sea la más antigua de las ciencias. Que me permitan mis amigos físicos recordarles que sin los sistemas de escritura y numeración poca física hubiesen podido hacer. Y esos sistemas extraordinarios los inventaron los lingüistas. Eso por no ponernos a recordar a tantos sabios que nos dio el estudio del lenguaje, desde Panini hasta Jakobson, por mencionar el principio y el final (hasta ahora) del caudal de donde bebemos todos. Conviene no olvidar esa riqueza y no dejarla que se ahogue en pasiones momentáneas sobre la teoría favorita de esta semana. En ese sentido invito al lector a meterse en la “pila” con el desenfado que, de pequeños, llevamos a la piscina en verano.

En fin, no quiero enrollarme más, que el lector no ha abierto estas páginas para escuchar al abuelo cebolleta. Valor y al toro, etcétera.